

competentes en la ciencia cosmográfica; que habian cruzado mares que nunca habian sentido la quilla de ningun otro bajel; que la resolucion de no haber querido continuar vagando á merced del capricho de un soñador, lejos de alcanzar censura, seria vista por la nacion como medida prudente y laudatoria; que era preciso, en consecuencia, manifestar á Colon que desistiese de continuar su viaje; que se le obligase á poner la proa de los buques para España antes de que el mal fuese irremediable; y que si se resistia, y era preciso, se le arrojase al mar, para que otros no fuesen engañados como ellos lo habian sido.

Las palabras de los amotinados llegaban claramente á los oidos de Colon. Ciertamente es que ninguno de los pilotos pertenecia al bando de los descontentos; pero comprendia que nada podrian hacer los hermanos Pinzones y los otros tres pilotos, para contener la insubordinacion en caso de que estallase. Creyó, pues, que la prudencia era la única que debia poner en accion para calmar los ánimos de los descontentos y conseguir que continuasen navegando. Acercóse, pues, á ellos, y creyendo infalible el cálculo que habia hecho respecto á la distancia á que debia hallarse la tierra, les suplicó que confiasen en lo que les habia prometido; que en aquel instante mismo, les aseguraba que se hallaban próximos al punto deseado; que solo les suplicaba que se navegase por tres dias mas; y que si en ellos no se descubria la tierra prometida, entonces retrocederian para España.

Calmados los ánimos con las proposiciones indicadas, las carabelas siguieron cruzando los mares con maravillosa rapidez.

Las señales de la proximidad de la tierra, se hicieron en aquel dia mas marcadas. El encuentro de algunas yerbas propias únicamente de los rios, de un ramo de espinoso que conservaba aun sus majuelas coloradas, indicando que hacia poco habia sido arrancado de la tierra; un pedazo de palo labrado y algunos peces cuyo color dejaba presentir que la tierra no estaba muy distante, llenaron de júbilo á la tripulacion entera, que ya no dudó del feliz éxito de la empresa.

Cuando la luz del sol llegó á ocultarse, en cada una de las carabelas, segun era costumbre invariable en aquellos tiempos, cantaron los jefes, pilotos y marineros la *Salve Regina*, con ferviente anhelo religioso, sintiendo reanimar su fé con ese himno á la Virgen, que derramaba en el corazon de los creyentes el bálsamo consolador á sus penas.

Los bajeles, impulsados por una brisa fresca, cortaban las ondas con admirable facilidad, dejando detrás de sí una larga estela que indicaba la rapidez de su marcha. La *Pinta*, mandada por Martin Alonso Pinzon, que era la mas velera, marchaba por delante. La alegría irradiaba en los semblantes de todos. La duda, casi habia desaparecido.

La vista de todos estaba fija en el horizonte esperando descubrir de un momento á otro el mundo prometido. La tripulacion, preocupada con la idea feliz del favorable término de su navegacion, creia aspirar en la blanda atmósfera que le rodeaba, los perfumes de las flores y el delicado aroma de las plantas.

Antes habia soñado con tormentas, hambre, desolacion



y abismos. Entonces soñaba con nuevos paraísos; con fértiles regiones, con oro, perlas y pedrería.

Colón, para quien aquellos instantes eran solemnes, pues iban á resolver la vuelta á España ó la realizacion de su idea, subió, en el instante que llegó la noche, al castillo de popa, y solo, inquieto, fluctuando entre el temor y la esperanza, registraba con la vista el horizonte, elevando mentalmente su ruego á Dios para que le concediese el bien que anhelaba. Se llevaban ya treinta y dos dias de navegacion, y era la noche del 11 de Octubre. La ansiedad de Colón era indescriptible.

Sus ojos estaban fijos en la direccion por donde esperaba descubrir la tierra.

Eran las diez de la noche cuando creyó ver brillar una luz lejana. Temiendo que le engañase el deseo, llamó á D. Pedro Gutiérrez, caballero de cámara del rey; le indicó el punto hácia donde veía la luz, y le preguntó si le parecía que no se equivocaba. La respuesta fué confirmar la opinion del almirante. No satisfecho aun, llamó al inspector de la armada Rodrigo Sánchez de Segovia, para que emitiese su opinion; pero cuando éste llegó, ya la luz habia desaparecido, y solo llegó á aparecer rápidamente, para desaparecer con la misma prontitud otras dos veces, dejando en duda de lo que realmente era.

1492. Un cañonazo disparado de la *Pinta*, á las  
 Octubre 12. dos de la mañana, anunció la satisfactoria y  
 Descubrimiento de tierra. descubrimiento de tierra. *tierra.*

La alegría de la tripulacion entera fué indescriptible.

El corazón de Colón latió con violencia.

El Nuevo-Mundo estaba descubierto.

La ciencia acababa de dar un gran paso en bien de la humanidad. El pensamiento de Colón quedaba enaltecido. Inmortalizado su nombre. Satisfechas sus aspiraciones. La familia humana unida para siempre.

Los marineros, arrepentidos de sus pasadas murmuraciones, se arrojaban unos á sus piés, pidiéndole perdón, y otros le besaban las manos, mientras Pinzón y los pilotos le daban el parabien y los mas sinceros plácemes por el buen resultado de la empresa.

Un viernes, el 3 de Agosto, dejó las playas del Mundo Antiguo en busca de ignoradas regiones; y un viernes tambien, el 12 de Octubre, contemplaba por la primera vez las ignoradas regiones del Nuevo-Mundo.

Acababa de realizarse la sublime profecía presentada muchos siglos antes por el sabio español Séneca, en el coro con que termina el segundo acto de su inmortal tragedia *Medea*. Como lo habia predicho en esa bella produccion literaria, llegó el momento en que el Océano, barrera que impedia el conocimiento de algunas verdades físicas ocultas en su tiempo, sintiese la quilla de las veleras naves en que el hombre marchase al descubrimiento de un continente ignorado, y en que la diosa de los mares diese á conocer un nuevo mundo.

Las palabras del célebre trágico español no son en mi concepto una simple y bella figura poética de las muchas que inmortalizan su obra, sino que es la expresion de una creencia firme y segura de que existian, allende el Océano, ocultas y pobladas regiones cuyo descubrimiento presentia. El pensamiento presentado en su excelente tragedia, no es un anuncio aislado de la fantasía creadora, sino una



idea nacida de la convicción y del estudio; idea que se encuentra repetida con seguridad no menos persuasiva, en las apreciables cuestiones naturales del mismo autor, y que arguyen que había alcanzado la seguridad de la existencia de otro continente al través del Océano, fundando su opinión en el conocimiento físico del globo que tenía el ilustre filósofo. Séneca predecía lo que la razón, iluminada por el estudio, le presentaba como inconcuso; y si en su época se hubiese conocido el uso de la brújula, acaso hubiera propuesto lo que siglos después tuvo la gloria de concebir y realizar el ilustre navegante genovés.

Cuando la luz de la aurora empezó á disipar las sombras que envolvían los objetos, se presentó á los ojos asombrados de los navegantes, una risueña y encantadora isla, bastante grande, cubierta de lozanos árboles, completamente llana y feraz, cuya vigorosa vegetación se revelaba en la crecida y jugosa yerba de sus incultos campos y en los espesos bosques, cuyo tupido ramaje impedía la entrada á los rayos abrasadores del sol.

Aunque el estado de incultura en que allí se hallaba la naturaleza hacía esperar que la isla estuviese casi desierta, no sucedió así. De cada árbol, de cada arbusto, de cada matorral, se veían salir innumerables indios que tenían sus chozas semi-ocultas entre la enramada, que se dirigían á la orilla de la playa, atraídos por la novedad de los bajeles.

Los españoles miraban desde sus barcos, con no menos curiosidad y asombro, á los seres de la nueva región, dudando todavía si era un sueño ó una realidad lo que ante sus ojos veían.



J. E. Carrer - Editor

H.M.  
Cristóbal Colon

Lit. M. Pujadas - Barcelona



Hombres y mujeres iban completamente desnudos: su cabello negro y grueso, lo llevaban unos cortado sobre las orejas, y otros sumamente largo, atado al rededor de la cabeza: carecian de barba, y no tenian un solo vello en todo su cuerpo: en sus facciones se descubria la sencillez y la bondad. Unos llevaban el cuerpo pintado de colorado, de blanco ó de negro; otros únicamente la cara, y algunos los ojos y la nariz: de ésta llevaban colgando un tejuelito de oro ó de alguna piedrecita vistosa de insignificante valor. Eran de estatura regular, pero bien formados y de facciones agradables; su color era cobrizo; grandes y negros los ojos, y la frente despejada y agradable.

Cuando vieron acercarse á sus costas los bajeles, tendidas las velas unas veces, recogíéndolas otras, virando ya hácia un lado ya hácia el otro, marchando con admirable rapidez sobre las ondas, creyeron fuesen algunos mónstruos marinos. La curiosidad les hizo acudir á la playa para observar mejor, permaneciendo en ella cada vez mas maravillados de lo que veian.

Colon salta á tierra y toma posesion de ella en nombre de los Reyes Católicos. Escogido el sitio mas conveniente para las carabelas, Colon mandó echar anclas y que dispusiesen los botes para saltar á tierra. Inmediatamente se ejecutó la órden. Colon entró en el suyo vestido con un rico traje escarlata, llevando en la mano el estandarte real, y acompañado de algunos caballeros armados. Igual cosa hicieron los capitanes Martin Alonso Pinzon y su hermano Vicente Yañez, entrando cada uno en su respectivo bote, empuñando la bandera de la empresa, que era una cruz verde con una F por un lado, y por el otro las iniciales



de los Reyes Católicos F. I., en memoria de Fernando y de Isabel, con una corona encima de cada inicial.

Los sencillos isleños, al ver acercarse los botes y saltar á tierra á unos séres con espesa barba, relucientes de acero, blancos y lujosamente vestidos, huyeron asustados hácia los bosques. Pero cuando notaron que nadie les seguía, ni se manifestaban hostiles con ellos, fueron perdiendo poco á poco el temor, y se fueron aproximando con muestras de asombro y de respeto hácia los españoles.

Colon al poner el pié en la playa, se arrodilló, besó reverentemente la tierra, y elevó, profundamente conmovido, una ferviente oracion de gracias al Supremo Hacedor, que se habia dignado concederle la realizacion de su obra. Todos los que le acompañaban, dominados por el mismo sentimiento religioso, siguieron su ejemplo, siendo aquel acto uno de los mas sublimes por su sencillez y su pureza.

Los indios miraban la solemne ceremonia, á regular distancia, con asombro y curiosidad.

Terminado el acto de gracias al Todopoderoso, se colocó una cruz en la playa: Colon se puso en pié, sacó la espada, y tremolando en alto la bandera, tomó posesion de la isla en nombre de los Reyes Católicos, de la corona de Castilla y de Leon, ante el escribano de la armada D. Rodrigo de Escovedo, y en presencia de todos los que habian desembarcado, poniéndola el nombre de *San Salvador*. Los habitantes de ella la llamaban *Guanahani*, y era una de las islas que mas tarde se denominaron las Lucayas, ó de Bahama, á novecientas leguas de Canarias, situadas entre la Florida y Cuba.

Se pone á la  
isla el  
nombre de  
San Salvador.

A la ceremonia de posesion siguió el regocijo general á la vista de aquel terreno feraz, aunque inculto, cubierto de extraños árboles frutales y de aves de brillante plumaje. No habia cuadrúpedo ninguno en la isla, y el alimento de los habitantes eran las frutas, algunas yerbas y raíces, los pocos peces que podian pescar en la orilla, y unas tortas de una especie de pan llamado cazabe, hecho de una raíz que tenia el nombre de yuca.

Despues de haber estado mirando largo tiempo á los españoles como á séres bajados del cielo, se fueron aproximando á ellos con profundo respeto, al notar su actitud pacífica y la benevolencia que manifestaban. Colon y sus compañeros, no menos admirados del maravilloso encuentro de nuevas gentes hasta entonces ignoradas, les recibieron con dulce benevolencia, cautivados de su grata simplicidad, y les regalaron, con agrado, gorras coloradas, vistosas cuentas de vidrio, graciosas campanillas de metal, cascabeles y otras deslumbradoras baratijas que, aunque de ningun valor intrínseco realmente, para los sencillos indios, que era la vez primera que las veian, encerraban un valor apreciativo que excedia al que el civilizado europeo pudiera conceder al oro y los brillantes.

El regalo inundó de regocijo el corazon de los sencillos habitantes de la isla, y se formaron, por la dádiva, un elevado concepto de la franqueza y esplendidez de sus huéspedes.

Todos se adornaron con las gorras recibidas, y se pusieron en el cuello, en las piernas y en los brazos las campanillas y los cascabeles, cuyo brillante sonido les encantaba y seducia.